

LA AGONÍA OFERENTE

Gabriel Rodríguez

La relación del trabajo creativo de Eduardo Gruber con la arquitectura es larga y consistente, se rastrea ya en aquellas obras que construía con planos luminosos, edificaciones imaginarias a contraluz en el límite de la abstracción, se ha prolongado en sus esculturas arquitectónicas, con las que ha creado la imagen visible del Plan de saneamiento Saja-Besaya, y se concreta, ahora, en este “Tratado de Arquitectura”, colección de lienzos en los que, como lejana referencia figurativa, aparecen estructuras que organizan el espacio literal del cuadro, en una propuesta transfronteriza, de nexos enriquecedores, tejidos entre dos ámbitos de creación que se necesitan y se potencian mutuamente.

Frente a tantas influencias poco fundamentadas, Eduardo Gruber pertenece al grupo de autores que mantiene la idea generosa y romántica de la necesidad de originalidad, (lo que no impide que se adhieran ecos, sintonías, encuentros, coincidencias, de autores tan dispares como Rothko, Schnabel, Basquiat), de creación de un mundo propio: cada cuadro es una historia distinta, una aventura independiente, personal, sincera. Huye del mimetismo, induso del mimetismo que se podría dar con respecto a su propia obra. La pintura, para Gruber, es una aventura llevada al límite, que se traduce en obras que, aparentemente, tienen poco que ver unas con otras, en las que se configura la coherencia a pesar de esa voluntad de aventura individual, a pesar de la intención del pintor, gracias a nexos imprevistos, a ese estilo que nace contra la intención de tenerlo, causado por coincidencias inevitables de lugar, tiempo y autoría.

Eduardo Gruber es de los pintores que, cuando empieza a trabajar en una obra, no sabe a dónde le va a conducir su trabajo, a qué va a dar lugar, en qué se va a convertir el lienzo, y ésta es una de las características típicas de los autores que saben convivir con los mayores niveles de creatividad. Mezcla de opuestos, trabajo agónico, lucha forjada en el camino, elaborada a partir de la acción, sobre el soporte del diálogo con la materia. Utiliza siempre el óleo y, actualmente, pigmentos que mezcla para elaborar con mayor libertad sus pinturas. Pinta desde una necesidad de cambio, de contrastes provocativos, de confrontación de opuestos, de lucha contra el buen gusto, de tránsitos de ida y vuelta alrededor de la frontera de lo estético. Es un autor que siente profundamente su relación con la pintura, capaz de experimentar odios y amores apasionados hacia una mancha de color. Hay una relación sensual íntima y fuerte, un placer hondo, una querencia hacia ese camino interior, simbolizado por la utilización del pigmento, una lucha amorosa entre placer y conocimiento, entre lo elegante y sensual y lo verdadero, una lucha contra sí mismo, una necesidad de enfrentamiento contra el buen gusto para posibilitar el encuentro de la emoción.

Su propuesta es la de una pintura caliente, en la que está presente el placer del enfangamiento, el hedonismo de lo pictórico y la necesidad de la negación del placer fácil. Actúa desde una secuencia de inmersión y distanciamiento (paralela al tema del interior y exterior presente en sus obras), desde un desdoblamiento de personalidad acusado e imprescindible, desde la postura del pintor que actúa y del crítico que juzga, irónica, lúdica, reflexivamente.

Su necesidad de cambio se pone de manifiesto en el arco abierto en esta muestra, entre una obra como “La casa grande”, pieza de grandes dimensiones, construida con cinco, seis o siete capas

transparentes, todas visibles, centro divergente de la exposición, obra de estructura compleja que aparece como una forma ante el fondo, con un entramado que crea un espacio de lucha, de intranquilidad, que refleja la tormenta del proceso, el juego irritante de colores antiestéticos, una suciedad buscada de factura, un constante cambio, una inquietud que se extiende por toda la tela, y otras obras más amables, como "Interior blanco", arquitectura de alcoba, perfume íntimo, o como las realizadas sobre papel, trabajadas en dos fases: una labor preliminar de manchado, que es utilizada posteriormente cortando y uniendo franjas, que se estructuran mediante esos cortes. La cualidad del papel se refleja en la obra, deja su impronta, manda sobre el resultado, (por la receptividad del autor, por su falta de predeterminación, por su apertura al diálogo). En un nuevo cambio, entre esos papeles de arquitectura interior, hay dos obras de exteriores mediterráneos, en las que se mezclan lo arquitectónico y lo paisajístico, juegos llenos de sugerencias, que en sus variaciones van formando el edificio coherente, la construcción de un paradigma, el esquema oferente de esta propuesta.

www.eduardogruber.com